



MAYO 2026

NÚM. 284



**PRESENTACIÓN DEL LIBRO DE LA AUTORA
MARTA GARCÍA DE CASTRO VALDÉS
"LA LÍNEA FINITA", 14 de abril de 2026.**

DESARROLLO DEL ACTO

El Centro Asturiano de Madrid acogió una emotiva jornada literaria para la presentación de "La línea finita", obra de Marta García de Castro Valdés. El acto inició con la intervención del presidente de la Casa, Valentín Martínez-Otero Pérez, quien dio la bienvenida a los asistentes. En su discurso, destacó la relevancia de abordar la vejez desde una perspectiva esperanzadora. Subrayó, asimismo, que el libro es un relato de vida y amor que invita a la reconciliación con el paso del tiempo, lejos de visiones negativas sobre la jubilación.

La mesa contó con la participación de figuras de prestigio académico. La doctora M^a Rosario Limón Mendizabal, Catedrática emérita y experta en envejecimiento activo, aportó su visión sobre la etapa vital que explora la obra. Por su parte, el poeta y académico José Félix Olalla Marañón enriqueció el análisis con una mirada lírica y conectó la narrativa de la autora con la sensibilidad introspectiva que caracteriza su propia trayectoria literaria.

La autora, cuya experiencia como docente y fotógrafa impregna cada página, compartió las motivaciones de este proyecto. Tras el éxito de sus publicaciones anteriores, García de Castro logra una reflexión serena sobre los cambios personales.

El evento concluyó en un ambiente de cordialidad y gratitud hacia los ponentes y el público. Quedó claro que esta etapa de la vida es un nuevo comienzo lleno de posibilidades para el crecimiento y el disfrute personal.

Palabras del presidente del Centro Asturiano de Madrid
D. VALENTÍN MARTÍNEZ-OTERO PÉREZ



Buenas tardes señoras y señores Bienvenidos a este Centro Asturiano de Madrid. Como es sabido, hoy se presenta el libro “La línea finita” de Marta García de Castro Valdés. Intervienen, además de la autora, la profesora D^a M^a Rosario Limón Mendizábal y D. José Félix Olalla Marañón, académico y poeta. La obra aborda, en clave de relato de vida y amor, la experiencia de la jubilación como inicio de una nueva etapa marcada por cambios personales, sociales y vitales.

Lejos de una visión negativa, propone una reflexión serena sobre el envejecimiento como tiempo de adaptación, crecimiento y reconciliación con uno mismo.

¿Fue realmente mejor cualquier tiempo pasado? El libro invita a repensar esta cuestión desde una mirada madura y esperanzada. Procedo a presentar a los intervinientes, no sin antes agradecer a la autora que nos haya elegido para presentar este libro, así como la presencia de todos los asistentes.

Marta García de Castro Valdés (Avilés). Profesora de Educación Infantil en el colegio San Ignacio (jesuitas) de Oviedo, ahora retirada. Dedicar parte de su tiempo a la fotografía y la escritura. Ha publicado libros infantiles: el método de lectura “Leer en un clic” (Paraninfo 2013), “El día a día de Martín” (Autografía 2021) y “La línea quebrada”, un

libro de fotografías y pensamientos sobre el cáncer (Universo de letras 2024).

María Rosario Limón Mendizábal es doctora en Pedagogía y catedrática emérita de Pedagogía Social en la Universidad Complutense de Madrid, donde ha desarrollado una amplia trayectoria docente e investigadora, que continúa. Asturiana Adoptiva en Madrid. Especialista en educación de personas adultas y mayores, envejecimiento activo y pedagogía social, ha desempeñado diversos cargos académicos y dirige el CES Don Bosco. Miembro de grupos de investigación y asociaciones científicas, es autora de numerosas publicaciones en su ámbito.

Ha recibido diversos reconocimientos, entre ellos el Premio Extraordinario de Licenciatura y Doctorado y la Medalla de Oro (2015) de la Asociación Española de Medicina y Salud Escolar y Universitaria.

José Félix Olalla Marañón es licenciado en Farmacia por la Universidad Complutense de Madrid y ha desarrollado su trayectoria profesional en la Administración sanitaria y en el ámbito privado. Poeta de vocación temprana, ha publicado una extensa obra lírica y ha participado activamente en el ámbito cultural y literario, obteniendo diversos premios. Su poesía, de carácter intimista y con resonancias místicas, transita entre el paisaje, las referencias bíblicas y la experiencia autobiográfica. Fue presidente de la Asociación Española de Farmacéuticos de Letras y Artes (AEFLA) entre 2003 y 2015.

Gracias a los tres. Es un lujo contar con ellos y gracias a todos ustedes por acompañarnos.

Palabras de la profesora:

M^a ROSARIO LIMÓN MENDIZABAL



Buenas tardes a todas y a todos.

Es para mí una alegría y un honor participar en la presentación de **La línea finita**, de **Marta García de Castro Valdés**, asturiana, profesora de Educación Infantil, hoy prejubilada, fotógrafa aficionada y, como ella misma dice con modestia y encanto, **escritora por casualidad**. Aunque, a veces, las casualidades son simplemente la forma que tiene la vida de hacer aparecer una voz cuando ya está preparada para decir algo importante.

Quiero saludar, en primer lugar, a **Marta**, autora de esta obra; y agradecer la presencia de **José Félix Olalla**, farmacéutico, académico y poeta, cuya sensibilidad sin duda aportará una lectura muy valiosa del libro, y la de mi querido compañero **Valentín Martínez- Otero**, presidente de este cachito de Asturias en Madrid, por sus palabras de presentación y acogida. Deseo también nombrar a **Carmina Labrador**, que fue quien me habló de Marta y de esta obra, y quien además ha contribuido a tender este puente para que el libro pueda ser conocido también en el ámbito educativo

Y quiero agradecer también de manera muy especial que este acto se celebre en el **Centro Asturiano**, un lugar que no es solo

un espacio físico de encuentro, sino también un verdadero **centro de potenciación cultural**, de preservación de la memoria compartida, de impulso a la vida intelectual, artística y social. Espacios como este cumplen una función imprescindible: hacen comunidad, sostienen identidad, favorecen el diálogo entre generaciones y convierten la cultura en una experiencia viva y compartida. Que un libro como *La línea finita* se presente aquí tiene, por tanto, un significado especialmente hermoso y coherente.

Para mí, como profesora vinculada a la línea de investigación de **Educación de las Personas Mayores** y de **Envejecimiento Activo**, presentar este libro tiene un sentido muy especial. Porque no estamos solo ante una obra literaria o fotográfica. Estamos ante una obra que invita a pensar, a sentir, a recordar, a anticipar, y también a conversar sobre una etapa de la vida que con demasiada frecuencia sigue rodeada de silencios, de tópicos o de miedos: la vejez y el final de la vida.

La línea finita recoge los pensamientos de un hombre en la última etapa de su existencia. Comienza con su jubilación y termina cuando asume que su tiempo se está agotando. A través de **100 monólogos**, divididos en cuatro partes, asistimos a un recorrido interior en el que aparecen el recuerdo, la ausencia, el balance de lo vivido y la cercanía del final.

El personaje de esta obra, en algunos de estos monólogos, refleja su pensamiento anclado en el modelo deficitario de vejez, en el cual viven todavía muchos de nuestros mayores, en el que la vejez se ve más como una etapa de enfermedad, de involución, de estancamiento, vacía de contenido, y en el que la educación no está presente, por el contrario, en el modelo de desarrollo de vejez, la educación forma parte de esta etapa de la vida y se concibe como una etapa más de ella, de desarrollo biográfico, donde la actividad está presente y es un tiempo de humanización.

Este relato, como se ha dicho, no pretende ser autobiográfico ni tampoco un manual sobre la vejez. Y precisamente ahí reside una de sus fortalezas. No pretende ofrecer recetas ni lecciones cerradas. No es un libro de autoayuda. Es, más bien, una historia concreta, encarnada en una figura humana reconocible: un padre de familia, un viudo desconsolado, un jubilado que observa, que piensa, que recuerda, que sigue dialogando, incluso en la ausencia, con la mujer que ha sido su interlocutora preferente.

Y sin embargo, siendo una historia concreta, toca cuestiones profundamente universales. Porque todos, antes o después, si la vida nos concede tiempo, llegamos o llegaremos a ese lugar del balance, de la memoria, del duelo, del sentido, de la finitud. Todos, en algún momento, nos enfrentamos a las grandes preguntas: qué ha merecido la pena, qué quedó pendiente, cómo hemos amado, qué huella dejamos, cómo se habita la pérdida, qué significa aceptar que no sabemos ni el día ni la hora.

Y eso me lleva a una idea central que quisiera compartir hoy: **la educación también tiene que ver con todo esto**. A menudo, cuando hablamos de educación, pensamos de manera casi automática en la infancia, en la juventud, en la formación reglada, en los títulos, en las competencias. Pero la educación, en su sentido más hondo, atraviesa toda la vida. No termina cuando acaba la escuela, ni la universidad, ni el trabajo. Seguimos educándonos y necesitando educación mientras vivimos.

Y en ese sentido, obras como *La línea finita* tienen un valor educativo. Porque educan la mirada. Educan la sensibilidad. Educan la capacidad de poner palabras a lo que sentimos. Educan la reflexión sobre la propia vida. Educan, incluso, para hablar de aquello que muchas veces evitamos: la soledad, la enfermedad, la ausencia, el envejecimiento, la muerte.

Hoy hablamos mucho de **envejecimiento activo**, pero conviene recordar que no significa simplemente hacer cosas o mantenerse

ocupado. Envejecer activamente significa seguir participando en la vida con sentido, con dignidad, con vínculos, con posibilidad de seguir aprendiendo, creando y compartiendo. Significa atender no solo a la salud física, sino también a la **salud mental, social, emocional y espiritual**.

Incluye también el derecho a seguir aprendiendo, creando, decidiendo, expresándose, perteneciendo. Incluye la posibilidad de seguir dándole forma a la propia biografía. Incluye también la dignidad de poder hablar de la finitud sin ser apartado de la conversación.

Por eso me parece tan pertinente subrayar hoy que **la educación puede hacernos más felices**. Y lo digo en un sentido serio, no superficial. La educación nos hace más felices cuando nos ayuda a comprender mejor lo que vivimos. Cuando nos da palabras para nombrar el dolor y también la esperanza. Cuando nos permite construir vínculos más hondos. Cuando fortalece nuestra autonomía interior. Cuando ensancha nuestra capacidad de disfrute, de contemplación y de gratitud. Cuando nos ayuda a vivir con más conciencia.

La línea finita dialoga con todo esto de una manera especialmente hermosa, porque lo hace a través de una forma artística doble: la palabra y la imagen.

Los textos son breves, condensados, casi como destellos de conciencia. Cada monólogo recoge un pensamiento, un sentimiento, una inquietud, un recuerdo, algo que pasa por la cabeza del protagonista. Y eso les da una gran intensidad. A veces, la brevedad permite decir lo esencial con más fuerza que un largo discurso. Hay en estos textos una gran capacidad de sugerencia. No lo explican todo: dejan espacio al lector, a su memoria, a sus propias preguntas.

Pero además, el libro está acompañado por más de un centenar de fotografías realizadas por la autora. Y esto no es un simple

adorno. La fotografía aquí no ilustra de manera secundaria, sino que participa plenamente del sentido del libro. Como dice la propia autora, la fotografía, como la música, es una forma de expresión. Es un apoyo alegórico a lo escrito. La imagen no repite el texto: lo amplía, lo acompaña, lo hace resonar de otro modo.

Hay además otro aspecto que me parece importante destacar, y es el valor de esta obra en una cultura que suele invisibilizar la vejez o reducirla a estereotipos. A veces se representa a las personas mayores únicamente desde la dependencia, o bien desde una imagen artificialmente idealizada. Este libro evita ambos extremos. No niega el dolor, la ausencia, el miedo, el desgaste. Pero tampoco despoja al protagonista de interioridad, de deseo, de pensamiento, de capacidad de observación. Lo presenta como sujeto pleno de experiencia humana. Y eso es profundamente digno.

Quisiera recordar también que Marta es autora de **La línea quebrada**, centrada en los pensamientos de una persona cuando recibe un diagnóstico de cáncer. En ambos libros encontramos una mirada valiente y honesta hacia experiencias difíciles, sin caer ni en la negación ni en el sentimentalismo. Hay realismo, pero también esperanza, luz y humanidad.

Y quizá eso tenga que ver con la propia trayectoria vital de la autora, con su experiencia, con su sensibilidad y con esa forma tan honesta de acercarse a lo humano. Quien ha atravesado el sufrimiento, o lo ha mirado de cerca, a veces desarrolla una capacidad especial para nombrar lo esencial. No desde la grandilocuencia, sino desde la verdad.

Y quisiera terminar evocando el último monólogo de *La línea finita*, titulado "C'est tout", y la fotografía que lo acompaña: **un barco en el mar bajo un sol que cae lentamente.**

Me parece una imagen de enorme belleza y de enorme verdad. Porque en ella no hay dramatismo exagerado. Hay luz, hay horizonte, hay silencio, hay tránsito. Ese barco puede representar la vida misma cuando llega a su tramo final: no una derrota, sino una travesía que se acerca a puerto; no una negación, sino una aceptación; no una oscuridad absoluta, sino una despedida iluminada.

Creo que ahí reside una de las enseñanzas más hondas de este libro. **Educar para la vida es también educar para comprender su finitud.** Educar no consiste solo en adquirir conocimientos o habilidades; consiste también en aprender a vivir con sentido, a cuidar los vínculos, a elaborar las pérdidas, a aceptar los límites, a agradecer lo vivido. Y cuando eso ocurre, la educación nos hace más humanos y también, en el sentido más profundo, más felices.

Por eso libros como *La línea finita* son importantes. Porque no solo narran; también educan la mirada. Nos ayudan a hablar de lo que muchas veces callamos. Nos invitan a comprender que envejecer no es solo perder, sino también seguir elaborando sentido. Y nos recuerdan que una sociedad verdaderamente humana no es la que oculta la vejez o la muerte, sino la que sabe mirarlas con verdad, con respeto y con compasión.

Gracias, Marta, por haber escrito este libro. Gracias por haber unido palabra e imagen para dar forma a una experiencia tan honda y tan universal. Gracias por invitarnos a mirar de frente una etapa de la vida que necesita más voz, más escucha y más dignidad.

Y gracias a todas y a todos ustedes por estar aquí, compartiendo este momento de cultura, de reflexión y de humanidad.

Me van a permitir que termine mi intervención con un pensamiento de un profesor muy querido para mí, Millán Arroyo Simón, Catedrático de Pedagogía Social, que en una

Conferencia en Logroño apuntó esta idea que quiero compartirla con vosotros:

“Feliz el Mayor que ve acrecentarse en él el sentido del humor, de la ternura, la sensibilidad ante la naturaleza y la belleza, y mantiene en alza la curiosidad, el afán de aprender, de experimentar y de vivir”

Muchas gracias.

Madrid, a 14 de abril de 2026

M^a Rosario Limón Mendizabal



Palabras del poeta:

D. JOSÉ FÉLIX OLALLA



Agradezco de verdad a Marta su invitación a participar tomando la palabra en la presentación madrileña de su segundo libro, *la línea finita*, en la que vuelve a combinar su talento como escritora y su perfección como fotógrafa.

El primero, *la línea quebrada*, me llegó de la mano de Belén Nadal. Siempre accedemos a los libros por alguna vía y aunque intervenga la casualidad, raras veces se debe exclusivamente a ella. Pude escribir entonces que el libro sorprendía por su centralidad y que cuando la fortuna nos resulta adversa, el valor no está reñido, no es incompatible con el miedo. Aquí podríamos repetir este mensaje.

Reconozco para empezar que tuve dudas a la hora de calificar el género literario al que pertenece *La línea finita*. ¿Es un ensayo? ¿Es una novela? ¿Es poesía escrita en la llamada prosa poética? Seguramente las tres cosas confluyen, pero yo la califico como novela porque cuenta una ficción, la ficción de un jubilado que se ha quedado viudo. Asistimos al curso de sus pensamientos, como frases que forman una secuencia coherente. Marta García de Castro nos orienta agregando un subtítulo a la línea finita: *un relato de amor y vida*. Así pues, relato, narración, antes que ensayo.

Me da la impresión de que, aunque detrás del libro se encuentre la experiencia general de la vida, se recuperan muchas vivencias concretas que nuestra autora contempla y ha contemplado. No solo lo digo por alusiones claras, como la pandemia o las dificultades propias de los retos tecnológicos sino también por la cotidianidad de las anécdotas que se muestran.

Porque el libro es triste y cercano. Precisamente porque es tan cercano es más triste. El protagonista aborda su circunstancia, el avance de la edad, la muerte de la esposa, con entereza y con sentido, pero sufre la pérdida concreta y no puede soslayarla.

En su tratado sobre la vejez, Cicerón nos da una visión optimista sobre este periodo de la vida denostado. Advierte la incongruencia de que todos los hombres deseemos llegar a la vejez y que cuando finalmente lo conseguimos nos quejemos. Subraya que el mal carácter y la dureza son molestos en cualquier edad y que la conciencia de una vida honesta y el recuerdo de muchos buenos actos ayudan a llevar razonablemente la vejez.

Cuenta Plutarco que un día Pirro estaba haciendo planes de conquista en presencia de su consejero Cineas: *Primero me adueñaré de Grecia*, dijo:

¿Y después? le pregunta Cineas

Después someteré el África

¿Y después?

Después Asia Menor y Arabia

¿Y después?

Ah, después descansaré

Y por qué, pregunta Cineas, por qué no descansar ahora mismo.

No lo sé, pero supongo que Cineas debía ser una persona ya mayor, un jubilado quizás, pero lo que quiero destacar es que tarde o temprano uno se ve obligado a contestar a esta pregunta

decisiva: ¿Valía la pena haber hecho lo que hemos hecho? Y a continuación debe preguntarse por el cómo. ¿Cómo lo hemos hecho?

Está por supuesto el amor, tangible en la escritura y en la fotografía de Marta García de Castro que se hace eco de las palabras de Ana María Matute: “nunca hubiera podido imaginar que una ausencia ocupase más espacio que cualquier presencia” y la línea finita lo muestra con la ausencia del conyugue y la presencia paliativa, pero al final insuficiente de hijos, nietos y familiares.

Cada vez me preocupo menos de todo y mis hijos se preocupan más de mí, la balanza se inclina, afirma el protagonista.

En adelante se aferrará más en la búsqueda del tiempo perdido que en el tiempo por vivir. No creará posible volver a encontrar la felicidad, pero ganará en eso que puede llamarse serenidad y esperanza, que están al alcance de todos.

Hay que resistir a la vejez y saberla separar de la enfermedad que también afecta a las etapas anteriores de la vida. La carrera de la edad es certera y el camino de la vida es uno solo y además es sencillo. Ya sabemos que vivir pasa en seguida, pero haber vivido no pasa jamás y uno se siente agradecido por haber sido llamado a la existencia.

Termino ya: hay quien espera la lluvia para no llorar solo. Lo dice Fabricio De André y lo pone en práctica Marta García de Castro con generosidad y con una belleza personal de artista. Es mejor leer el libro completo, pero es posible leerlo fragmentado y fijarse bien en las fotografías que son otra magnífica forma de comunicación.

Gracias por tu trabajo, querida amiga Marta y felicidades otra vez más.

José Félix Olalla

Palabras de la autora del libro:

D^a MARTA GARCÍA DE CASTRO



Ha sido un honor para mí, asturiana, presentar mi último libro, “La línea finita”, en el Centro Asturiano de Madrid. Una tarde entrañable entre amigos míos y amigos de Asturias. Agradezco de corazón a la Junta Directiva del Centro, con Valentín Martínez-Otero en la Presidencia, esta oportunidad.

Gracias también, por su apoyo e interés, a mis dos compañeros de presentación: la catedrática emérita de Pedagogía Social en la Universidad Complutense de Madrid, Rosario Limón Mendizabal y el poeta y académico José Félix Olalla Marañón. ¿Qué es “La línea finita”? Es una reflexión sobre la vida, sobre la última parte de la vida. La ancianidad que va recorriendo lo vivido, con sus recuerdos, sus compañeros de viaje y las situaciones que han hecho a nuestro protagonista valorar su estancia aquí.

La línea finita reúne pensamientos de una persona en la segunda mitad de su vida.

Comienza cuando el protagonista se jubila y finaliza cuando ve que su vida se agota y presiente que la muerte está al caer. Este relato, no autobiográfico, intenta describir la etapa en la que casi todo el mundo se cuestiona, si no lo ha hecho antes, el sentido de la vida en general y de su existencia en particular.

Es inevitable pararse, observar, pensar, recordar y analizar quién eres y quién has sido.

En estos cien monólogos, el protagonista nos va contando lo que le pasa por la cabeza y por el alma ese día, a esa hora. Algo hace saltar un recuerdo, un pensamiento, un sentimiento y lo comparte con los lectores. Habla en primera persona, dirigiéndose a los más cercanos, a los que forman o han formado parte de su día a día. Su mujer es la interlocutora preferente. Sigue comentando con ella lo que piensa, lo que le sucede, después de muchos años de ausencia. Es un buen observador de su entorno y de sí mismo.

Los textos van acompañados de fotografías, realizadas todas por la autora. ¿Qué papel juegan en este libro? La fotografía, como la música, el baile, la pintura... son formas de expresión. Constituyen un apoyo alegórico a lo que está escrito.

La imagen que ilustra cada capítulo puede ayudar a visualizar lo que suscita la narración. Intenta facilitar la verbalización del pensamiento, lo que muchas veces contribuye al desahogo y a la liberación de aquello que te oprime, entristece, preocupa; o te alegra, emociona, libera. Envejecer no es fácil. Aceptar que estás envejeciendo, aún menos.

«La línea finita» no pretende mostrar un modelo de vida ni convertirse en un compendio general sobre la vejez. Tampoco es una guía del duelo ni un libro de autoayuda en la soledad.

Podría describirse como un retrato concreto. La vida de las personas mayores nunca podría reducirse a un hombre, felizmente casado, jubilado, con hijos, desconsolado viudo, que sigue cumpliendo años y ve lo que le queda de vida pasar entre hijos, nietos y, cada vez menos contemporáneos. Sus hermanos, cuñados, amigos, se están yendo. Él espera su momento con serenidad, sin prisa y con la desesperación relativa de la persona que ve su cuerpo ir a menos y su dependencia a más. Cada uno

de nosotros tenemos o tendremos nuestra propia historia con monólogos irrepetibles, los compartamos o no.

La vida pasa. O nosotros pasamos por la vida. No se vuelve atrás. Por mucho que te cuides, por joven que quieras parecer, gimnasios que amortices, dietas que te garanticen perpetuidad, el reloj sigue marcando las horas para todos. Mejor será mirar hacia delante y aprovechar el tiempo, sonriendo al pasado o recordando con tranquilidad.

Nadie conoce el día ni la hora. Cuando llegue, llegará y el mundo seguirá girando sin que estemos en él. La vida sigue, falte quien falte. «Todo el mundo se muere y nunca pasó nada», decía mi tía nonagenaria cuando hablaba de su miedo y resignación ante la muerte.

¿Qué nos espera? Nadie nos lo ha contado. Mientras tanto sigamos en este mundo, que no se está tan mal.

Resignación



Empeñarse en algo. Preocuparse hasta llegar al insomnio permanente. La vida y sus problemas te van arrebatando la paz. Y total, ¿para qué? No hay nada tan, tan importante.

Lo aprendes con los años. Colocar en su sitio lo que tienes en contra para que no te haga sufrir, es todo un aprendizaje.

Solo tiene que pasar un poco de tiempo. Las cosas tienen solución. Siempre hay una salida.

«Abuelo, lo único que no tiene solución es morirse, me lo dijo uno mayor en el autobús del cole». Sí, eso es lo único irremediable. Cuando llegue, ¡arreglado estará!

Soy yo



Te estabas yendo poco a poco y no lo decías. ¿Por qué? ¿Era miedo? ¿Vergüenza? Podríamos haber hablado más, pero dejaste de llamar. Pensé que era aprensión por tu infarto. «Tendrá que cuidarse más... Estará cansado y no le apetece salir».

Tampoco me dejabas ir a verte a casa. Una tarde te enfadaste sin motivo. Tú, que nunca levantabas la voz. Otro día te confundiste de portal al volver a casa. Ana decía que ya no llamabas a tus hijas por su nombre. Era miedo a equivocarte. Decías: «Hola, Cuquina».

Y llegó «bicicleta, manzana, cuchara». Las tres palabras demoledoras que te lanzan al futuro más incierto que existe, al olvido de todo, de los demás, de ti mismo.

Es el agujero que te dejará como una momia y en el que ninguno queremos acabar.

Estoy contigo casi todos los días y tengo paz. Para mí eres el amigo que siempre fuiste, pero ahora tu cerebro enfermo no te deja ser. Es triste y muchos te dan la espalda. Yo te quiero igual, aunque arrastres los pies y apenas hables. No necesito que me contestes. Algo en tu mirada me dice a veces que me reconoces; ¿soy alguien cercano? Eso me basta. Cuenta conmigo si no me voy yo antes. También allí nos veremos, ¡no lo dudes

Volumen



"Nunca hubiera podido imaginar que una ausencia ocupara tanto espacio, mucho más que cualquier presencia."
(Ana M^a Matute)

